

LA CRISIS ECONÓMICA

SUS REPERCUSIONES SOBRE LAS PERSONAS

CRITERIOS PARA ENJUICIAR LA REALIDAD

Cuanto más se honra en una ciudad a la riqueza y a los hombres ricos, menos se estima a la virtud y a los hombres buenos... Más se practica lo que se honra y se descuida lo que no se estima... Por ello, los hombres poseídos de la envidia y de la ambición terminan por volverse ansiosos de riquezas y aficionados al dinero. Y entonces alaban y admiran al rico, pero desdeñan y deprecian al pobre. (Platón, *La república o de la justicia*, L. VIII, 6)

Estas palabras, pronunciadas siglos antes de Jesucristo, ponen de manifiesto cómo el hombre tiene una visión errada de sí mismo y de la realidad. La búsqueda afanosa de la riqueza, la codicia, como ya dijo el Apóstol, es una verdadera idolatría. (cf. Col 3,5) «Porque la raíz de todos los males es el afán de dinero, y algunos, por dejarse llevar de él, se extraviaron en la fe y se atormentaron con muchos dolores.» (1Tm 6, 10) Y todos sabemos cómo los ídolos exigen víctimas. Cuantos hacen de las riquezas la meta de su vida, no dudan en sacrificar la virtud y con ella a los más débiles y vulnerables. Pero esto se reviste con grandes proclamas de búsqueda del bien colectivo y de progreso social. Para ello, se dice, es necesario el sacrificio de unos pocos en función de los más. La realidad es que la corrupción se ampara de la sociedad y que los pobres terminan siendo auténticos excluidos en el sistema de la globalización. Y esto es así tanto a nivel de las personas de los pobres como de los colectivos y pueblos más desfavorecidos. La crisis económica no hace más que desvelar lo que estaba como oculto en las sótanos de la ciudad próspera.

La crisis económica estaba anunciada desde hacía tiempo por los más ilustres economistas. Los mercados financieros gozaban de gran impunidad y se prestaban a toda clase de especulaciones. Pero la oligarquía financiera seguía propugnando y defendiendo la bondad y las bondades de la globalización neoliberal. Y para justificar este modelo de globalización, se propugno un tipo determinado de antropología y un principio rector para la formación de los gestores del sistema. La antropología del fuerte era clave para seguir generando y acumulando riqueza. El principio de la competitividad debía ser el motor de la sociedad. Como se ve, el pobre no podía ser más que mano de obra y un consumidor del sistema. Los poderes gubernamentales y de la comunicación, al servicio de los gestores económicos, serían los encargados de inyectar en las venas de la sociedad la antropología del fuerte y el principio de la competitividad. Pero como recuerda la historia es terrible lo que sucede cuando la autoridad y los poderes fácticos se hacen cargo de lo que corresponde a la libertad y responsabilidad de las personas.

Por tanto, si buscamos criterios para enjuiciar la crisis y sus repercusiones sobre las personas y los colectivos más vulnerables de nuestra sociedad, como son los inmigrantes, los parados, los ancianos y trabajadores, es preciso detenerse primeramente en los puntos claves propugnados por la globalización neoliberal: *la antropología y la competitividad*. Luego pasaremos a ver qué antropología y qué principio rector se nos desvelan en la persona de Jesús y en el mensaje del reino de Dios. Finalmente, sacaremos algunas consecuencias para orientar la acción de los que tratamos ser seguidores de Cristo en el devenir de la historia, pues Dios nos ha querido asociarnos a su obra creadora y recreadora. El cristiano es, ante todo, un testigo de la verdad, esperanza y libertad que la creación anhela entre dolores de parto.

I ANTROPOLOGÍA Y COMPETITIVIDAD

EN LA GLOBALIZACIÓN NEOLIBERAL

La antropología del fuerte no es una novedad. Ya en el inicio de las comunidades cristianas se planteó la cuestión. San Pablo escribía ya a la comunidad de los Romanos: «Nosotros, los fuertes, debemos sobrellevar las flaquezas de los débiles y no buscar nuestro propio agrado. Que cada uno de nosotros trate de agradar a su prójimo para el bien, buscando su edificación; pues tampoco Cristo buscó su propio agrado, antes bien, como dice la Escritura: Los ultrajes de los que te ultrajaron cayeron sobre mí.» (Rom 15, 1-3) Es una constante de la historia y de la culturas cómo el fuerte es valorado y se menosprecia a los débiles.

Pero esta antropología del fuerte adquiere unos matices propios en la globalización neoliberal. Para seguir dominando en el mercado mundial es necesario acumular grandes fortunas y centralizar lo más posible las grandes decisiones. Para regular el mercado es preciso crear instituciones internacionales, supranacionales y que los poderes políticos estén en realidad al servicio de los pocos gestores de la economía mundial. Ellos son los llamados a determinar la producción del planeta, el consumo y el ocio.

Para mantener este poder anónimo se servirán del control de la técnica, en la que se basa en buena parte, el crecimiento del sistema, y también de los medios de masas. De esta forma podrán controlar la producción, la ideología, el consumo y la diversión de las personas. Es una nueva versión de la consabida consigna del imperio: pan y circo para controlar la libertad de las masas. Es preciso que todos admiren y honren al fuerte, esto es, al listo y oportunista. Y esta es la antropología, a mi entender, que han sembrado en la conciencia de los hombres y mujeres que llevan adelante el sistema.

Pero la dinámica del fuerte no puede mantenerse por largo tiempo. En su entraña se halla el principio de la quiebra y de la división, de la crisis. La lucha por ocupar el primer puesto pone a los demás en frente. La vida se convierte de manera inevitable en un campo de batalla. La crisis es, por lo general, obra de los fuertes y no de los pobres. Éstos son utilizados por aquellos para lograr sus objetivos. Así, en la actual crisis, vemos cómo el dinero público, el que pertenece en buena parte al sudor de los pobres, se pone en manos de los gestores del sistema.

El fuerte, por otra parte, manipula a las masas e inculca en ellas su esbozo propio de persona. Los medios de comunicación presentarán al fuerte como el hombre realizado, como el poseedor de la verdad, como el verdadero rostro humano. Ante los graves problemas de los pobres, el fuerte aporta soluciones técnicas y mecánicas, pero carentes de humanidad, desde el momento que sacrifica tantas personas para seguir creciendo de forma indefinida, como se dice, en lugar de dar una clara prioridad a la justicia y, por tanto, a los más pobres de la sociedad. En el mejor de los casos, el pobre no es visto más que como un ser de carencias. Se trabaja para que lleguen a ser buenos operarios y consumidores de lo que deciden los fuertes. Una vez más se les arrebató el protagonismo que les corresponde en la realización de una humanidad de acuerdo con la dinámica profunda del reino de Dios, en el que están llamados a ocupar el primer puesto.

La antropología del fuerte se sustenta en *el principio de la competitividad*. No se trata de negar la necesidad de que cada uno sea lo más competente posible en su vida profesional. La dignidad de la persona exige de por sí que cada uno desarrolle los talentos que le han sido dados. Pero el principio de la competitividad, en el cual se basa en buena parte la formación tecnócrata en la que nos encontramos, no busca tanto desarrollar las competencias personales cuanto la lógica del listo y del oportunista. El principio de la competitividad busca hacer ganadores y estar por encima de los demás. Induce así a una batalla campal, pues el otro se presenta como un enemigo

potencia, ya que puede desplazarme del primer puesto. Ahora bien, en la lucha por el primer lugar todos los medios son lícitos se conducen a la meta fijada por el fuerte, por el esbozo de hombre que quiere desarrollar en la sociedad.

El principio de la competitividad va a determinar los criterios de valor, las pautas de acción y la misma identidad de las personas, con lo cual se genera la cultura del fuerte, pues propio de la cultura es fijar la identidad, los valores y la acción apropiada. En esta cultura nos hallamos todos inmersos de alguna manera. Por tanto, no es ya la verdad y la justicia, que deberían constituir el verdadero fundamento de la acción política, las determinan la existencia, sino el oportunismo y la conquista de los mejores puestos. La verdad es relativa y sólo existen verdades, esto es, mi opinión o tu opinión, como dicen los fuertes. Así la relación no puede ser en ningún momento justa, pues es regida por lo que aconseje la situación. Para ello, los fuertes no dudan de hacer sus propias leyes. La ley del fuerte lleva consigo la opresión del pobre.

La competitividad quiebra de raíz una verdadera fraternidad. Incluso cuando existan programas de solidaridad, será siempre la solidaridad de los poderosos hacia los pobres. De esta forma los mal llamados programas de solidaridad terminan por ser una forma de dominio sobre los pueblos pobres y sobre los pobres en el seno de los pueblos.

Más todavía, el principio de la competitividad lleva a la exclusión y marginación de los más débiles y vulnerables. El fuerte, aun el más generoso, no ve al pobre más que como un ser de necesidades y carencias. No tiene conciencia de que la sociedad se apoya en ellos y que son la verdadera fuente de la riqueza de los listos y poderosos.

Esto es, a mi entender, lo que está poniendo de manifiesto la crisis económico provocada por el mismo sistema. Ante esta crisis, la solución la buscan los fuertes. Esta es la paradoja. Ellos crean la crisis y busca solución a la misma para seguir ocupando el primer lugar. ¿Qué hacer ante ello? ¿Resignarnos? ¿Rebelarnos? ¿Buscar una respuesta superficial para eludir las consecuencias de la crisis o trabajar para hacer valer la antropología del pobre y el principio educativo de la comunión?

II LA ANTROPOLOGÍA DEL POBRE

Y

EL PRINCIPIO EDUCATIVO DE LA COMUNIÓN

La antropología del pobre se caracteriza, ante todo, por la dignidad y prioridad absoluta de la persona. De tal manera, que como hemos visto en el texto ya citado de la carta a los Romanos, el fuerte ha de ponerse al servicio de los débiles, para que éstos determinen la actuación de aquellos. El fuerte, en consecuencia, se desarrolla sirviendo y no haciéndose servir por los más insignificantes según los criterios de valor establecidos por la cultura generada por el fuerte a los ojos de la razón, incluida la razón religiosa. La antropología del pobre se mueve en el terreno de la fe que se hace operante por amor, esto es de la vocación a la libertad del amor, por la que nos hacemos servidores los unos de los otros, sabiendo ocupar el último lugar (cf. Gal 5, 1.6.13-14). Esta visión de la fe cristiana, por otra parte, responde a la intuición primaria de la razón y de la experiencia histórica. El Concilio Vaticano II expresa de esta forma la intuición de la fe: «En realidad, el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado... El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre,

amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen Maria, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejantes en todo a nosotros, excepto en el pecado.» (GS 22) Jesús nos devuelve el verdadero rostro del pobre. Se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza, para destruir el muro de la enemistad, para recrear la verdadera fraternidad, para hacer de todos los miembros de la humanidad auténticos ciudadanos del cielo. Los pobres y los insignificantes son los más dignos a los ojos de Dios, hasta el punto que la comunión, en la Iglesia, ha de hacerse en torno a ellos. Veamos los rasgos de una verdadera antropología del pobre a la luz de Cristo. Pero antes de pasar a enumerarlos, me gustaría leer un texto de san Juan de Ávila:

¡Qué cosa tan pesada era la pobreza antes que Cristo viniese al mundo, qué aborrecida, qué menospreciada! Pero bajó el Rico del cielo y escogió madre pobre, y ayo pobre, y nace en portal pobre, toma por cuna un pesebre, fue envuelto en pobres mantillas (cf. Mt 8, 20), y después, cuando grande, amó tanto la pobreza, que no tenía dónde reclinar su cabeza, y, finalmente, fue tan amador de pobreza, que ya no hay cristiano, si es verdadero cristiano, que no tenga en más ser pobre que rico. Y así, después de su venida en tanta pobreza, muchos y muchas dejaron sus haciendas para hacerse pobres, teniendo en más ser pobre con Cristo que rico con el mundo. En más es tenido el pobre que el rico después que Jesucristo se hizo de su bando. Como si en una balanza pusiédeses una cosa de precio y en otra una cosa vil, pero llena de perlas preciosas, diréis que vale más esta segunda balanza por el valor de lo que se juntó con ella. Y si en una arca vieja estuviese un tesoro y en otra nueva no estuviese nada, claro está que diríades que vale más la vieja, por lo que está dentro de ella, que no la nueva que está vacía. Y así, si miráis la pobreza y riqueza de cada una por sí, más vale la riqueza; más si miráis la joya que está en la pobreza, de mucho más valor es. Juntóse Dios con la balanza de la pobreza y hizo subir el valor. Pues si los pobres solían tener envidia a los ricos, agora téngala los ricos de los pobres, pues juntóse Jesucristo con el bando de los pobres y engrandeció[lo]. (Obras completas III, 53-4).

He aquí una afirmación importante de este texto para una antropología del pobre: los pobres están llenos de perlas preciosas; son una perla preciosa. Ellos no son un problema. No son sólo seres de carencias, dejarlos de lado es privarse de una riqueza insospechable. Ahora bien esto supone abandonar el criterio de la pura apariencia y descubrir el verdadero interior de la persona. Jesús ha venido al mundo para poner de relieve las riquezas de los pobres. Pues bien, esto que afirma la fe lo confirma la experiencia, cuando uno se acerca a ellos sin los prejuicios de la cultura de los fuertes o de una cierta religiosidad natural, aunque se halle revestida de frases del Evangelio.

Un segundo rasgo de la antropología del pobre es servir desde el último lugar, para hacer la unidad del género humano. El amor se hace pobre para dar al otro la posibilidad de crecer en la libertad, que en eso consiste la vida plena del hombre. El fuerte impone, el pobre propone y se propone, se implica en el don. El fuerte busca conquistar y dominar, el pobre vive desde el don y se da. Jesús murió en el madero de los malditos de este mundo, para abrazar a la humanidad entera y reconciliar a todos en una verdadera fraternidad. Tal es el poder del amor que no duda de ocupar el último lugar para dar vida abundante a todos. El que se hace pobre por amor, lucha para que los últimos sean los primeros.

En la antropología del pobre, existe un tercer rasgo decisivo. Se afirma la dignidad sin igual de la persona por lo que es; y no sólo por lo que hace o tiene, como sucede en la antropología del fuerte. La afirmación de la persona, esto es, su liberación y salvación, es el postulado y el criterio último para enjuiciar la realidad. El primado de la persona constituye, sin duda, por otra parte, el núcleo de la doctrina social de la Iglesia. «El hombre, comprendido en su realidad histórica concreta, representa el corazón y el alma de la enseñanza social católica. Toda la doctrina social se desarrolla, en efecto, a partir del principio que afirma la inviolable dignidad de la persona humana.» (CDSI 107) La antropología del pobre viene a dar hondura, a mi entender, a estas afirmaciones de la doctrina social de la Iglesia.

Ponerse del lado de los pobres, hacerse «del bando de los pobres», en expresión de san Juan de Ávila es la consecuencia ineludible de quien opta por la antropología del pobre. Y es que la opción por los pobres es una exigencia del seguimiento de Jesús. Es, en realidad, una cuestión de fe. Con mucha frecuencia la opción por los pobres se plantea como una cuestión de

generosidad. Juan Pablo II recordó que el servicio a los pobres es la expresión de la comunión con y en Cristo. La opción por ellos es la consecuencia de la fe en el misterio de la encarnación. Baste releer este texto fundamental.

A partir de la comunión intraeclesial, la caridad se abre por su naturaleza al servicio universal, proyectándonos *hacia la práctica de un amor activo y concreto con cada ser humano*. Éste es un ámbito que caracteriza de manera decisiva la vida cristiana, el estilo eclesial y la programación pastoral. El siglo y el milenio que comienzan tendrán que ver todavía, y es de desear que lo vean de modo palpable, a qué grado de entrega puede llegar la caridad hacia los más pobres. Si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que él mismo ha querido identificarse: « He tenido hambre y me habéis dado de comer, he tenido sed y me habéis dado que beber; fui forastero y me habéis hospedado; desnudo y me habéis vestido, enfermo y me habéis visitado, encarcelado y habéis venido a verme » (Mt 25,35-36). Esta página no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo. Sobre esta página, la Iglesia comprueba su fidelidad como Esposa de Cristo, no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia.

No debe olvidarse, ciertamente, que nadie puede ser excluido de nuestro amor, desde el momento que « con la encarnación el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a cada hombre ». Ateniéndonos a las indiscutibles palabras del Evangelio, en la persona de los pobres hay una presencia especial suya, que impone a la Iglesia una opción preferencial por ellos. Mediante esta opción, se testimonia el estilo del amor de Dios, su providencia, su misericordia y, de alguna manera, se siembran todavía en la historia aquellas semillas del Reino de Dios que Jesús mismo dejó en su vida terrena atendiendo a cuantos recurrían a Él para toda clase de necesidades espirituales y materiales. (NMI 49)

La antropología del pobre se apoya, en última instancia, en la fe y en la comunión con la *gracia* de nuestro Señor Jesucristo, el cual, de rico que era, se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza (2Cor 8, 9). Por tanto, si la antropología del fuerte ha desarrollado el principio de la competitividad, el cual conduce siempre a la división y dominación, es preciso ver que el principio educativo, que postula la antropología del pobre, es el ***principio de la comunión***. En él encuentra su fundamento y su posibilidad de desarrollo en la historia.

San Pablo ha desarrollado este principio de la comunión en un texto donde la eclesiología, el misterio de la encarnación redentora y el misterio trinitario se entrelazan de forma significativa.

Así, pues, os conjuro en virtud de toda exhortación en Cristo, de toda persuasión de amor, de toda comunión en el Espíritu, de toda entrañable compasión, que colméis mi alegría, siendo todos del mismo sentir, con un mismo amor, un mismo espíritu, unos mismos sentimientos. Nada hagáis por rivalidad, ni por vanagloria, sino con humildad, considerando cada cual a los demás como superiores a sí mismo, buscando cada cual no su propio interés sino el de los demás. Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo: El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. (Flp 2, 1-6ss)

La comunión en el Espíritu de Jesús lleva a superar la rivalidad y, lo que es más importante, a considerar a los demás como superiores a uno mismo, anteponiendo los intereses de los demás a los propios. Para ello es necesario vivir los sentimientos de Cristo en el misterio de su encarnación redentora. Tal es el camino de la vida para la humanidad nueva. No es por el poder o por la riqueza, por la fuerza o la sabiduría de los hombres, que se accede a la vida nueva, a la auténtica fraternidad entre los hombres y lo pueblos. La cruz derriba los muros de la enemistad y crea el Hombre nuevo.

Esta intuición genial de san Pablo, nacida de la persona, vida y destino de Jesucristo, nos plantea un reto formidable para las comunidades eclesiales y para enjuiciar la realidad de nuestros ambiente sociales y eclesiales. Juan Pablo II lo recordó en el programa pastoral para el milenio que acabamos de estrenar. He aquí como lo plantea:

Hacer de la Iglesia *la casa y la escuela de la comunión*: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo.

¿Qué significa todo esto en concreto? También aquí la reflexión podría hacerse enseguida operativa, pero sería equivocado dejarse llevar por este primer impulso. Antes de programar iniciativas concretas, hace falta *promover una espiritualidad de la comunión*, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades.

- Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado.
- Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como « uno que me pertenece », para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad.
- Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un « don para mí », además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente.
- En fin, espiritualidad de la comunión es saber « dar espacio » al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. *Gal 6, 2*) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos asechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias.

No nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento. (NMI 43)

Educar desde *el principio de la comunión*, para desarrollar la antropología del pobre, dentro y fuera de la Iglesia, es, a mi juicio, la llamada que Dios nos hace, ante todo, desde la crisis en la que nos encontramos inmersos. Una crisis económica, pero que, en última instancia, es una crisis de la antropología y del principio educativo que promueve la globalización neoliberal en los pueblos, culturas y religiones. ¿Cómo actuar?

III ORIENTACIONES PARA LA ACCIÓN

ANTE LA CRISIS ECONÓMICA, SOCIAL Y RELIGIOSA

3.1 LA LUCIDEZ DE LA FE

Ante la crisis de nuestra sociedad, la primera tarea de la acción pastoral es formar para *la lucidez propia de la fe*. El cristiano ha de estar inmerso en la realidad del mundo, aun cuando ésta sea ambigua y negativa, en no pocos casos. La crisis tiene sus causas y consecuencias, que es necesario conocerlas. Pero la lucidez no se agota en conocer las causas y consecuencias. La denuncia de los profetas se abre siempre a la esperanza y a la solidaridad. La lucidez de la fe sabe que las crisis son inevitables y que no debemos pretender salir de inmediato de ellas. Lo importante es vivirlas con la actitud propia de los *discípulos, profetas y testigos de la esperanza*. La crisis es un momento oportuno para renovarse en la verdad y la acción, la solidaridad y el compromiso en favor de un pueblo que anda como ovejas sin pastor.

3.2 ESCUCCHAR A CRISTO EN LAS SITUACIONES DE POBREZA

En esta perspectiva, los cristianos están llamados a *escuchar la voz de Cristo en las situaciones de pobreza*. Esta escucha no puede hacerse a distancia, sino compartiendo de cerca la vida de los pobres. Además será necesario cultivar una verdadera interioridad, pues la escucha no puede hacerse más que desde el silencio. Esta es la condición para desarrollar una nueva imaginación de la caridad con relación a los pobres, que se exprese en el compartir fraterno y en una real amistad con ellos.

En efecto, son muchas en nuestro tiempo las necesidades que interpelan la sensibilidad cristiana. Nuestro mundo empieza el nuevo milenio cargado de las contradicciones de un crecimiento económico, cultural, tecnológico, que ofrece a pocos afortunados grandes posibilidades, dejando no sólo a millones y millones de personas al margen del progreso, sino a vivir en condiciones de vida muy por debajo del mínimo requerido por la dignidad humana. ¿Cómo es posible que, en nuestro tiempo, haya todavía quien se muere de hambre; quién está condenado al analfabetismo; quién carece de la asistencia médica más elemental; quién no tiene techo donde cobijarse?

El panorama de la pobreza puede extenderse indefinidamente, si a las antiguas añadimos las nuevas pobrezas, que afectan a menudo a ambientes y grupos no carentes de recursos económicos, pero expuestos a la desesperación del sin sentido, a la insidia de la droga, al abandono en la edad avanzada o en la enfermedad, a la marginación o a la discriminación social. El cristiano, que se asoma a este panorama, debe aprender a hacer su acto de fe en Cristo interpretando el llamamiento que él dirige desde este mundo de la pobreza. Se trata de continuar una tradición de caridad que ya ha tenido muchísimas manifestaciones en los dos milenios pasados, pero que hoy quizás requiere mayor creatividad. Es la hora de una nueva « imaginación de la caridad », que promueva no tanto y no sólo la eficacia de las ayudas prestadas, sino la capacidad de hacerse cercanos y solidarios con quien sufre, para que el gesto de ayuda sea sentido no como limosna humillante, sino como un compartir fraterno. (NMI 50)

3.3 LA RESPONSABILIDAD COMÚN

A la lucidez debe añadirse *la conciencia de la responsabilidad común*. Pablo VI escribía hace años: «Resulta fácil echar sobre los demás la responsabilidad de las presentes injusticias si al mismo tiempo no nos damos cuenta de que todos somos también responsables, y que, por tanto la conversión personal es la primera exigencia.» (OA 48) Todos somos responsables de la crisis, aunque no lo seamos de la misma manera. ¿No gastamos todos más de la cuenta, incluso por encima de nuestras posibilidades? ¿Qué hacemos para frenar el afán de dinero que mueve nuestro mundo? ¿Vivimos con austeridad y pensando en las generaciones venideras? ¿Qué prioridad damos realmente a los pobres en nuestras vidas personales y en nuestras comunidades parroquiales? ¿Cómo luchamos contra la corrupción a nuestro nivel? ¿Somos realmente responsables en el trabajo y nos comprometemos para que sea respetada la persona en su dignidad? ¿Estamos comprometidos en el desarrollo de una verdadera solidaridad entre personas, grupos y pueblos? Porque todos somos responsables de la crisis, todos debemos comprometernos en su solución. Esto supone conversión del corazón, cambio de estilo de vida, desmarcarse de la cultura y mentalidad ambiente, compromiso para transformar la realidad.

3.4 HUMANIZAR LA GLOBALIZACIÓN Y GLOBALIZAR LA SOLIDARIDAD

La lucidez de la fe exige hoy de los cristianos un gran esfuerzo para reaccionar con el sentido del todo, sin quedar encerrado en el propio colectivo, pueblo o nación. En un discurso a la Academia Pontificia de las Ciencias Sociales, Juan Pablo II, después de afirmar que «la globalización no es a priori ni buena ni mala. Será lo que la gente haga de ella», añadía: «*El reto actual es humanizar la globalización y globalizar la solidaridad.*» (27-IV-2001) Estas palabras se dirigen tanto a los que se mueven en el terreno de la macroeconomía como en el de

la economía casera. Nos hemos acostumbrado a vivir artificialmente, según una economía más virtual que real. El progreso humano no es lo mismo que el progreso técnico y económico indefinido. El afán del dinero sea personal o colectivo conduce a sacrificar a muchedumbres. No podemos olvidar el destino universal de los bienes de este mundo. La riqueza existe para ser compartida. Por otra parte, de qué serviría acrecentar las riquezas, si se sacrifica a las personas y a los pueblos. Y todos sabemos cómo el exceso de trabajo o la carencia de él, deshumaniza a las personas. En un mundo globalizado como en nuestro, importa mucho que nos unamos todos para analizar la realidad y dar una respuesta que sea una verdadera contribución a la humanización de la globalización y a la globalización de la solidaridad entre los diferentes colectivos y los pueblos.

3.5 DEL LADO DE LOS POBRES

«**Hacerse del bando de los pobres.**» Esta bella expresión de san Juan de Ávila está cargada de consecuencias prácticas. Para el santo esta opción fluye con necesidad de la fe en Cristo, de su seguimiento. Supone una inversión de la apreciación que el hombre tiene de forma espontánea de las cosas. En efecto, cuando el cristiano deja que la luz de Cristo ilumine la realidad, ésta cobra un nuevo sentido. En esta luz, el creyente aprende que no se puede servir a dos señores: «No se puede servir a Dios y al dinero.» (Mt 6, 24) El afán de dinero conduce a la idolatría y la idolatría a la esclavitud, la injusticia y la opresión. Los ídolos reclaman siempre víctimas (cf. 1Tim 6, 6-10). El problema de nuestra sociedad no es tanto el ateísmo, cuanto la idolatría. Necio, según Jesús, es el que pone su confianza en el dinero (cf. Lc 12, 13-21). **Es preciso luchar contra el egoísmo personal y colectivo.** La libre circulación de capitales, mercancías, servicios y mano de obra, debe ser regulada desde la equidad y la justicia con los más pobres.

3.6 LUCHAR CONTRA LA EXCLUSIÓN CON ALMA DE POBRE

Puesto que Jesús ha proclamado bienaventurados a los pobres, pues de ellos es el Reino, el cristiano está llamado a **luchar contra la miseria y exclusión con alma de pobre**, pues nos acecha siempre la tentación de hacerlo con alma de rico, esto es, desde el poder y el deseo de poseer más y más.

Así como hay una pobreza que aliena, y es necesario luchar para liberar a los que la padecen; así puede existir una pobreza que libera las energías para el amor y el servicio, y es una pobreza que queremos poner en práctica. Pobres delante del Padre, como Jesús en su oración, sus palabras y sus hechos. Pobres como María, haciendo memoria de las maravillas de Dios. Pobres delante de los hombres, con un estilo de vida que atraiga a la Persona del Señor Jesús. El Obispo es el padre y el hermano de los pobres. No debe dudar, cuando sea necesario, de hacerse la voz de los sin voz para que sus derechos sean reconocidos y respetados. En particular ha de «hacer posible que en todas las comunidades cristianas, los pobres se sientan como en su casa» (NMI 50) Entonces, vueltos juntamente hacia nuestro mundo con un gran impulso misionero, podremos proclamarle la alegría de los humildes y de los corazones puros, la fuerza del perdón, la esperanza que los hambrientos y sedientos de justicia son por fin colmados por Dios.

La profecía de la vida cristiana no se entiende sin una vivencia auténtica del camino de las bienaventuranzas. La crisis pueden ser una oportunidad, debiera ser una oportunidad, para que tomáramos conciencia de las riquezas que comporta hacerse del bando de los pobres, tras las huellas de Jesucristo pobre y humilde. El pagano busca riquezas y seguridades. El cristiano auténtico, se contenta con pedir el pan de cada día, tanto para él como para el resto de los hombres. Su oración le hace solidario de todos los hermanos de camino, en particular de los pobres, pues ¿cómo se puede pedir el pan de cada día y no compartirlo con los demás?

3.7 LA LUCHA POR LA JUSTICIA

La lucha por la justicia se inscribe en el horizonte de la fe cristiana. La justicia hace que la persona viva la relación apropiada con Dios, con los demás seres humanos, con lo creado y con uno mismo. La lucha por la justicia, apoyada en el amor de todos, exige, entre otros aspectos, un compromiso para transformar la realidad social desde el primado de la persona. Para ello es preciso formar las personas y comunidades en la caridad social y política. Misión de la Iglesia es formar cristianos libres y dedicados a la liberación de sus hermanos. Pablo VI lo expresó en estos términos:

Dicho esto, nos alegramos de que la Iglesia tome una conciencia cada vez más viva de la propia forma, esencialmente evangélica, de colaborar a la liberación de los hombres. Y ¿qué hace? Trata de suscitar cada vez más numerosos cristianos que se dediquen a la liberación de los demás. A estos cristianos "liberadores" les da una inspiración de fe, una motivación de amor fraterno, una doctrina social a la que el verdadero cristiano no sólo debe prestar atención, sino que debe ponerla como base de su prudencia y de su experiencia para traducirla concretamente en categorías de acción, de participación y de compromiso. Todo ello, sin que se confunda con actitudes tácticas ni con el servicio a un sistema político, debe caracterizar la acción del cristiano comprometido. La Iglesia se esfuerza por inserir siempre la lucha cristiana por la liberación en el designio global de salvación que ella misma anuncia. (EN 38)

Por su parte, Benedicto XVI, en la encíclica, *Deus caritas est*, precisa cómo ha de situarse la Iglesia y el cristiano ante la política, ante la construcción de la sociedad de acuerdo con la justicia, que ha de establecer la razón práctica, purificada, iluminada y alentada por la revelación. «En este punto, recalca el Papa, política y fe se encuentran.» Y por ello concluye con claridad y perspicacia:

La Iglesia no puede ni debe emprender por cuenta propia la empresa política de realizar la sociedad más justa posible. No puede ni debe sustituir al Estado. Pero tampoco puede ni debe quedarse al margen en la lucha por la justicia. Debe insertarse en ella a través de la argumentación racional y debe despertar las fuerzas espirituales, sin las cuales la justicia, que siempre exige también renunciaciones, no puede afirmarse ni prosperar. La sociedad justa no puede ser obra de la Iglesia, sino de la política. No obstante, le interesa sobremanera trabajar por la justicia esforzándose por abrir la inteligencia y la voluntad a las exigencias del bien.

Y concluye el Papa:

El deber inmediato de actuar en favor de un orden justo en la sociedad es más bien propio de los fieles laicos. Como ciudadanos del Estado, están llamados a participar en primera persona en la vida pública. Por tanto, no pueden eximirse de la « multiforme y variada acción económica, social, legislativa, administrativa y cultural, destinada a promover orgánica e institucionalmente el *bien común* ». La misión de los fieles es, por tanto, configurar rectamente la vida social, respetando su legítima autonomía y cooperando con los otros ciudadanos según las respectivas competencias y bajo su propia responsabilidad. Aunque las manifestaciones de la caridad eclesial nunca pueden confundirse con la actividad del Estado, sigue siendo verdad que la caridad debe animar toda la existencia de los fieles laicos y, por tanto, su actividad política, vivida como « caridad social ». (28-29)

Entiendo que nuestras comunidades cristianas están muy lejos de llevar adelante la formación de los cristianos en la perspectiva del magisterio de la Iglesia, de la doctrina social de la Iglesia. ¿Por qué?

3.8 ORGANIZAR LA CARIDAD EN LA IGLESIA

La lucha por la justicia es imprescindible para los cristianos y para la comunidad eclesial; pero como ha señalado el propio Papa, junto a la lucha por la justicia, aquella tiene la obligación de organizar la caridad, para servir a los pobres de dentro y de fuera. Nadie puede permanecer indiferente ante los pobres que yacen a las puertas de la sociedad opulenta. Nadie puede pasar

de largo ante los caídos en el camino. Esta urgencia aumenta con la crisis económica del sistema y con las soluciones aportadas por los responsables de la economía y de la política.

La caridad de las palabras y de las obras es indisociable. La celebración eucarística es en sí misma fragmentaria, si no lleva a la solidaridad afectiva y efectiva con los pobres. La vocación cristiana es ser pan partido para la vida del mundo. Una de las mejores formas de evangelizar, se nos ha dicho, es que las comunidades eclesiales se conviertan en un verdadero hogar para los pobres. Más todavía, igual que se organiza el anuncio de la Palabra de Dios y la liturgia, es preciso organizar la caridad a todos los niveles de la Iglesia particular y general.

Por eso tenemos que actuar de tal manera que los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como « en su casa ». ¿No sería este estilo la más grande y eficaz presentación de la buena nueva del Reino? Sin esta forma de evangelización, llevada a cabo mediante la caridad y el testimonio de la pobreza cristiana, el anuncio del Evangelio, aun siendo la primera caridad, corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de palabras al que la actual sociedad de la comunicación nos somete cada día. La caridad de las *obras* corrobora la caridad de las *palabras*. (NMI 50)

El amor al prójimo enraizado en el amor a Dios es ante todo una tarea para cada fiel, pero lo es también para toda la comunidad eclesial, y esto en todas sus dimensiones: desde la comunidad local a la Iglesia particular, hasta abarcar a la Iglesia universal en su totalidad. También la Iglesia en cuanto comunidad ha de poner en práctica el amor. En consecuencia, el amor necesita también una organización, como presupuesto para un servicio comunitario ordenado. (DCE 20)

La naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea: anuncio de la Palabra de Dios (*kerygma-martyria*), celebración de los Sacramentos (*leiturgia*) y servicio de la caridad (*diakonia*). Son tareas que se implican mutuamente y no pueden separarse una de otra. Para la Iglesia, la caridad no es una especie de actividad de asistencia social que también se podría dejar a otros, sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia. (DCE 25)

5.9 DENUNCIA Y CONVERSIÓN

Ante la crisis es preciso que la palabra de la Iglesia se haga oír para denunciar la idolatría del dinero y el egoísmo de los fuertes y de los poderosos. Pero es también necesaria la conversión de los corazones, pues donde no hay hombres justos y solidarios, no existirá una sociedad con pasión de verdad, de justicia y solidaridad. Es preciso pues que la Iglesia ejerza una denuncia razonable y razonada de los errores que han provocado la actual crisis económica y la pérdida del sentido de la verdadera justicia¹.

5.10 LA PASTORAL OBRERA ANTE LA CRISIS

¹ Papa Benedicto XVI explicó que es deber de la Iglesia la **denuncia razonable y razonada de los errores que han provocado la actual crisis económica**. Este deber "forma siempre parte de la misión de la Iglesia y es ejercitado con valor y concreción, sin recurrir a moralismos sino motivándolo con **razones concretas y comprensibles para todos**"... La actual crisis debe leerse en dos niveles. En el primero, el macroeconómico, ha de entenderse "los fracasos de un sistema basado en la **idolatría del dinero y en el egoísmo**, que oscurecen en el hombre la razón y la voluntad y lo conducen por caminos errados"... "Es aquí que la voz de la Iglesia está llamada a hacerse sentir –a nivel nacional e internacional– para **contribuir a corregir la dirección**. Y mostrar así el camino de la recta razón iluminada por la fe: en definitiva, el camino de la renuncia a sí mismo y de la atención de los necesitados"... En cuanto al segundo nivel, el microeconómico, el Santo Padre recordó que los grandes proyectos de reforma no pueden realizarse "sin un cambio de ruta individual. Si no hay justos no puede tampoco haber justicia. Desde aquí invito a intensificar el **trabajo humilde y cotidiano de la conversión de los corazones**. Un trabajo que involucra sobre todo a las parroquias. Su actividad, al final, no está limitada solo a la comunidad local sino que se abre la entera humanidad".

Para concluir esta exposición quiero expresar cómo la crisis económica y social, según yo entiendo, interpela a la pastoral obrera. La acción transformadora ha de fundarse y desarrollar la antropología del pobre, tal como fluye del misterio de la encarnación. Para ello es necesario un trabajo de discernimiento comunitario, lo cual supone un profundo enraizamiento en la vida de los más desfavorecidos, así como en Jesucristo y en su Cuerpo, que es la Iglesia. Por otra parte es preciso trabajar para que las comunidades parroquiales descubran la importancia de formar esos laicos libres y liberadores de que hablaba Pablo VI. Finalmente, es tarea de todos hacer posible la renovación de un laicado organizado, que se haga presente en los diferentes ámbitos donde se juega el futuro de la sociedad, para que aporten el sentido de la verdadera justicia y el principio de la comunión, si se quiere dar el lugar que les corresponde a los miembros más débiles del cuerpo social y eclesial. Es el camino para realizar el proyecto de Dios, tal como se expresa en estas palabras del apóstol: «Dios ha formado el cuerpo dando más honor a los miembros que carecían de él, para que no hubiera división alguna en el cuerpo, sino que todos los miembros se preocuparan lo mismo los unos de los otros. Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él. Si un miembro es honrado, todos los demás toman parte en su gozo. (1Cor 12, 24-26)»